3 1761 06639066 7

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/dietariosentimen00carr

DIETARIO SENTIMENTAL

LA JOYA LITERARIA
ALSINA & CO
MONTEVIDEO
18 DE JULIO 950 ESQ. R. PEÑALOZA

EMILIO CARRERE

DIETARIO SENTIMENTAL

V

EDITORIAL «MUNDO LATINO»
MADRID

MAY
1964

ES PROPIEDAD

PQ
6605
A76D43
1921

Tipografía Yagües.—Calle del Nuncio, núm. 8.—Madrid.—Teléfono 44-99 M.

¿La gloria? ¡Acaso! Cuando un día
una mujer, ciega de amor,
llore con una estrofa mía
... aunque no recuerde el autor.

DIETARIO SENTIMENTAL

I

Son las horas vulgares igual que negras simas
en donde cae mi alma visionaria y sensual;
horas sin un amor, sin sueños y sin rimas
que no alumbra el lucero azul del ideal.
Cuando el barro doliente sólo anhela dormir
y están los labios mustios cansados de besar,
y el alma, blanca nao, sólo sueña en partir
al país del que nunca se puede regresar.
Hasta ese horrible abismo de mi renunciación
llegaste tú, mujer, y tu voz de cristal
cayó en mi corazón
como un chorro de agua riente y musical.

Por ti he visto el sentido preclaro de la vida,
y he soñado debajo de una acacia florida
en tus negras pupilas y en tus ojeras hondas,
y te he besado en sueños al amor de las frondas.
Y en el parque nocturno, borracho de fragancia,
han renacido todos mis ensueños dispersos,
y en aquella hora misma, acaso tú, a distancia,
pensando en mí, decías de memoria mis versos.
Porque hay seguramente un parque en el astral
donde las almas tejen columpios invisibles,
y huyendo de la vida tan triste y tan banal,
en él mecen sus dulces amores imposibles.

¡Oh divina tristeza de este amor sin fortuna!
¡Oh gloria dolorosa de tus besos, mujer!
Nuestras almas se abrazan en un rayo de luna.
¿Por qué amaremos tanto lo que no puede ser?
Amor de excelsitud que ante todos se esconde,
que trenza de alma a alma un diálogo de encanto;
a mis versos, con lágrimas tu corazón responde
y por tu amor, mis versos son un raudal de llanto.

Son tus ojos sortílegos y profundos, mi rito
en tus labios ardientes está mi comunión;
y ya que nuestro excelso amor sea un delito,
gocemos de la causa de la condenación.
Vivamos la tragedia de nuestro amor fatal,
y que tu alma no cruce una sombra de pena;
que al verte, entre mis labios siempre habrá un madrigal
a tus negras pupilas y a tu carne morena.

II

¿Qué sentido tendrá esta absurda y diaria
tragedia del vivir? El alma visionaria,
como un pájaro ciego, va volando a la altura
a embriagarse de azul, a hundirse en el arcano,
y surge de las olas de este inmenso oceano,
dragón del gran misterio, la lúgubre Locura.
Y la carne sensual, pobre arcilla que siente
y crea sus miserias irremediablemente;
que al fundirse dos bocas en la fiebre de amor,
nace una vida nueva que es un nuevo dolor.
¿Adónde irá esta larga cadena de criaturas,
estas almas que sufren todas las amarguras
de vivir, de morir; y esta amarga conciencia
que nos da de la muerte la tremenda evidencia?

Cada día vulgar es igual que un pantano;
el alma, mira en éxtasis el ideal lejano

con las alas cortadas y hundidas en la escoria.
¡Cuán distantes las áureas trompetas de la Gloria!

Espectador de un drama de escenas siempre iguales
como la vida, veo borrosos y sin brillo
a los polichinelas medrosos y espectrales
que danzan en la escena del viejo retablillo.
Son héroes, y santos, y reyes, y poetas,
todos marchan a ciegas por el vasto tablado,
y pienso al ver sus sombras trashumantes e inquietas:
¿quién dirige los hilos de este absurdo tinglado?

¡Misterio! Alucinante misterio indescifrable.
Tal vez sólo sepamos la clave de este horror
cuando la carne sea carroña lamentable
y el alma toda resplandor.

III

Es el dolor más negro el dolor del hastío;
sentir el corazón como un vaso vacío,
sin penas, sin amores, sin sueños ni alegrías,
cual si una araña gris tejiera nuestros días.
Ver caer cada hora monótona, lo mismo
en el pozo del tiempo, igual que en un abismo,
y arrastrar por la vida, que es amable y riente
de nuestros pobres huesos la carroña viviente.

Porque la vida es buena. Hay mañanas de oro
y azul de rompimiento de gloria; hay un tesoro
de ideal y de amor en muchos corazones;
hay frentes visionarias coronadas de sueños,
y hay niños—nieve y rosas—en los parques risueños
que son el mismo amor hecho carne y canciones.
El vacío está en mí, mi sed de vida, acaso
me hizo apurar muy pronto el licor de mi vaso.

IV

¡Dolor de la pobreza! Romero del camino,
de la miseria busco el áureo vellocino
para trocarlo en joyas, brillantes como estrellas,
que adornen la ambarina garganta de las bellas.
Y aunque es la hembra una gata vanidosa y trivial,
su amor es como un dulce paraíso artificial,
lo único que hace amable la vida dolorida,
y es su hechizo sensual necesario a mi vida.
Yo quiero que en mis horas de infinita tristeza
las mujeres derramen un poco de belleza.

¡Horror de la pobreza! Veo a los paladines
de la bohemia haciendo trágicos volatines
en esta triste farsa de la gloria y la suerte,
cual los va devorando el fracaso y la muerte.
¡La bohemia! ¡Oh palabra que es toda una leyenda!
Sendero juvenil que alumbra el ideal;

dolor del entusiasmo truncado en la contienda.
¡Horror de los anónimos lechos del hospital!

Caballeros bohemios, pálidos legendarios,
príncipes vagabundos, borrachos de ideal:
que la luna os ofrende sus sueños visionarios,
para no ver la vida tan triste y tan banal.

V

¡Qué ola del océano de dolor de mi vida
me trajo a esta mujer tan bella y tan querida!
Fué una hora del azar, mago volatinero,
que dirige mi vida funambulesca y loca,
al pronunciar su nombre se perfumó mi boca
y ebrio de poesía le dije—: ¡Yo te quiero!—
Yo bebí de su carne la fragancia nupcial
y en sus ojos vi un mago resplandor de ideal;
era algo que en mis tedios y en mi melancolía
igual que una eclosión de nardos florecía.

Comprendí que el sentido de esta vida mortal
es besarse a la sombra fragante de un rosal,
con el alma en los labios, en divina agonía,
gustando el beso con unción de eucaristía
en un minuto eterno, de excelsa comunión,
en que es el beso música, poema y oración.

Después, morir... volar como las hojas muertas,
igual que van rodando tantas vidas inciertas
que, siempre río abajo, con infinito afán,
los empuja la vida sin saber dónde van.

Yo quiero en las sinceras hojas de mi dietario
reflejar mi vivir errante y solitario,
y que a través del suave matiz sentimental
se transparente al alma lo mismo que un cristal.

Es alta noche, brilla una estrella en el cielo;
yo sueño en la caricia suave de terciopelo
de unos ojos de abismo, de un negror fulgurante
que tienen el hechizo de esa estrella distante.
Ojos bellos y trágicos, hondos como cisternas,
su fulgor magnetiza mi voluntad inerte
y en su fondo me atraen con caricias eternas
los dos grandes abismos, el amor y la muerte.

Suena un reloj lejano, otra hora de mi vida
que en el pozo del tiempo va a extinguirse perdida
sin saber dónde va mi paso peregrino
ni a qué vagas riberas conduce este camino.
Mas ¡qué importa!; pongamos en la desolación
cotidiana el hechizo de una dulce ilusión
sin pensar, mientras haya rosas en el jardín,
en la dislacerante seguridad del fin.
Pienso en los bellos ojos fulgurantes. Lo mismo
me da hoy que sea adversa o propicia la suerte;
sueño que me acarician en su infinito abismo,
cual dos eternidades, el amor y la muerte.

VI

Límpida tarde azul, rayito de oro
del dulce sol de invierno;
en las claras solanas y en los mustios jardines
un suave renacer sienten los viejos.

Hay niños en los parques
y parejas de novios por el gris del sendero,
un hálito de viejas primaveras
cruza el cristal del alma como un florido espectro.

¡Sol de invierno, que dora los cristales,
que vierte una dorada lluvia en los esqueletos
de los árboles, mágico sol que todo lo viste
de un amable oro viejo!

En las doradas tardes
hay una larga procesión de entierros,
ataúdes sombríos y cajitas de armiño
como góndolas blancas que bogan hacia el cielo.

Y van cabeceando como inquietantes barcas
hacia el sombrío puente del Misterio,
sobre el arroyo negro de aguas pútridas,
los esquifes cargados de pálidos viajeros.

Tras de las hoscas noches y los días lluviosos
atraviesan las calles largas filas de entierros.
¡Parece que esta fría carroña lamentable
quiere sentir el oro del dulce sol de invierno!

VII

¡Otra vez el otoño! Bajo el gris fantasmal
del cielo, el alma mía es un turbio cristal
y me pesa la vida como un fardo ancestral.

En las tardes de otoño de gran melancolía
en los muertos jardines siento la mano fria
de la Desnarigada sobre la frente mía.

Vuelan las hojas mustias. Mi amor quiere tenerte
junto a mí; cuando cae una hoja de oro, inerte,
ya está cerca la helada sandalia de la Muerte.

¡Otoño!... Cae la lluvia como gotas del llanto
universal. ¿Te acuerdas del misterioso encanto
que tenía aquel rústico y humilde Camposanto?

¡Cementerio aldeano de honda beatitud!
Cuatro cipreses velan en tan dulce quietud
a un poeta muerto en plena gracia de juventud.

¡Otoño gris que evoca los amigos lejanos
que se van de la vida! ¿Qué dolores arcanos
solloza en el otoño la voz de los pianos?

Ese viejo piano que en las calles desiertas
nos evoca una virgen de blancas manos muertas
que morirá en otoño como las hojas yertas.

La Muerte es una dama suntuosa y hierática,
y envuelve su belleza misteriosa y dramática
en la pompa litúrgica de una negra dalmática.

¡Otoño! Se oye el giro de las lúgubres ruecas
de las Parcas. El cielo es un turbio fanal,
y mientras en los parques gimen las hojas secas
llora el cielo el eterno dolor universal.

VIII

En una vida antigua fui yo un bravo pirata
con un blanco alquicel y un alfanje de plata,
y ondeaba en el palo mayor de mi galera
un estandarte negro con una calavera.

Yo era el emperador del claro mar latino;
siempre encendió mi carne una gran sed de amar
y viví como un rey cruel y semidivino
entre los dos abismos del amor y del mar.

Yo asalté con mis gentes los palacios de Pisa;
una noche, en Florencia, besé de Monna Lisa
la enigmática flor, y sentí la tristeza
—para toda mi vida—del mal de la belleza.

Me burlé de los príncipes altivos de la tierra;
con Dios y con los hombres estuve siempre en guerra;
fuí feliz, asaltando con mis piratas moros
los galeones de Indias, cargados de tesoros.

Fuí poeta, dejé de mi vida el secreto
en el cofre de sándalo de mi mejor soneto:
fuí amante de una reina y cincelé mi historia
con un beso de amor y un penacho de gloria.

Por fin la Descarnada vino a buscarme un día,
se nubló el luminar de mi buena fortuna,
el mar cantó mi *Requiem* y fué la tumba mía
una ola tan enorme que obscureció la luna.

IX

Yo soñaba con la Gloria
cuando tenía tu amor;
por una sombra ilusoria
dejé tus labios en flor.

Tu ingenua voz cristalina
cantaba en mi corazón,
y volaba la divina
alondra de la ilusión.

Desde aquella hora florida
pasó ya... ¡más de una vida!
¡Dulces memorias saudosas

que hoy aumentáis mi sufrir!
¿Por qué no poder vivir
dos veces las mismas cosas?

X

Coqueta y rubia azafata
que bajabas al jardín
al oir de mi bandolín
la galante serenata.

De tu beldad, trovador,
¡te dije cosas muy bellas!...
¡Que hay palabras como estrellas
en el idioma de amor!

Divina amante ilusoria
que triunfas en mi memoria
de la muerte y del olvido,

tú has sido mi presentida,
el gran amor de mi vida,
¡porque nunca has existido!

XI

Mujer ardiente y fragante
como rosa de pasión,
junto a la fuente, sedientos,
nuestra vida se pasó.

Mujer lejana, divino
fantasma del corazón,
celeste carne que nunca
bajo mis labios tembló.

Sabías que eras la musa
de mis canciones de amor,
y te ha abrasado en mis versos
la fiebre de mi pasión.

Las horas que van y vienen
nos arrastran a los dos,
con las horas lo más bello
de nuestras vidas huyó.

Tú ves la vida qne pasa
con triste renunciación,
yo vivo rimando un sueño
de gloria, con mi dolor.

Muy caros cobra la vida
sus sueños al soñador;
soñar con la gloria, toda
mi juventud me costó.

Pero esa gloria tan triste
del arte trocara yo
por ver dormido en tus brazos
a un hijo de nuestro amor.

XII

La clara campana
de argentino son
canta en la mañana
de Resurrección.

¡Campanitas de oro,
campanitas blancas,
que llenáis de música
la limpia mañana!
¡Oh mañana azul
de puras fragancias!
con su traje blanco
van las colegialas.
Los templos, sombríos
se visten de gala,
de tempranas rosas
y de luminarias.

¡Es inolvidable
para el corazón
la mañana amable
de Resurrección!

* * *

¡Oh, sus rubias trenzas,
sus pupilas claras!
¡Oh, primera novia,
divina y lejana!
Quince años tenía,
y era toda blanca.
¡Quince años! ¡Qué dulces
floridas palabras!
Tocaban a gloria
las áureas campanas,
y yo las sentía
dentro de mi alma.

¡Oh novia lejana,
con qué triste son
suena hoy la campana
de Resurrección!

* * *

¡Ya no he vuelto a verte,
novia dulce y blanca!
No sé si eres una
figura soñada.
Nos han separado
como olas amargas,
las horas que vienen,
las horas que pasan.
Nos ha separado
la vida... y mi alma
te revive, toda
fragante y dorada,
mientras clamorean

las dulces campanas,
estas musicales
campanas de plata.

¡Campana divina
de añorante son,
que hoy canta en la ruina
de mi corazón!

XIII

¡Gloria y amor! Temas floridos
de esa irónica comedieta;
los mismos versos repetidos
y siempre la misma careta.

Por soñar y cantar, la vida
se va en las horas presurosas;
pobre cigarra adolorida,
no tengo laureles ni rosas.

Y pronta será mi canción
un viejo estribillo grotesco,
recitado por un histrión
pobre, triste y funambulesco.

Y mientras devano en mi rueca
rimas y rimas a la luna,
pasa de largo, con su mueca
de cortesana, la Fortuna.

Mas ni me duele ni me espanta
esta burla de mi destino;
soy un pájaro azul que canta
en las jaulas del rey Cretino.

Ni oro, ni gloria, ni mujeres
—¡oh la celeste carne en flor!—:
el oro es de los mercaderes,
la pobreza amarga el amor.

¿La gloria? ¡Acaso! Cuando un día
una mujer, ciega de amor,
llore con una estrofa mía,
... aunque no recuerde el autor.

XIV

Perdonadme, hijos míos, si os dí esta adolorida
existencia en un ciego minuto de placer,
acaso presentíais el dolor de la vida
cuando llorábais al nacer.

Era mi primavera, florecían las rosas,
y soñaba con el laurel.
En la armonía de las cosas
libaba mi lírica miel.

Yo amé la estrofa eterna de amor, del universo
a la flor y la estrella y la mujer;
la inquietud de mi vida, la emoción de mi verso
erais vosotros, que queríais ser!

Fué una sed de infinito y de belleza
la que encendía mi canción;
pero hoy siento la vida y la amarga pobreza
como una losa sobre el corazón.

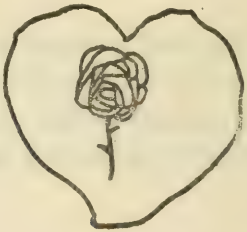
Nada puedo brindaros de cuanto soñé, pobre
funámbulo del Ideal:
el oro de mi ensueño se ha convertido en cobre,
¡y el hambre acecha siempre en el umbral!

Yo quisiera que fuese vuestra senda florida,
y que nunca gustaseis la cicuta y la hiel;
que fueseis vencedores del Dragón de la vida
y que también amaseis las rosas y el laurel

Y que sintieseis la inquietud del verso
ebrios de melodía y de emoción,
que escuchaseis el ritmo cordial del Universo
en la caja de música de vuestro corazón.

Que os gustase volar, y cantar, y soñar,
y las rosas mejor que las espigas.
que mirando el azul no vieseis caminar
a ras de tierra a las hormigas.

Perdonadme, hijos míos, si os traje a esta podrida
vieja bola del mundo por mi propio placer
vosotros presentíais la angustia de la vida
y por eso llorabais al nacer.



NOCTURNO DE VERANO

La cigarra es poeta, la cigarra es cantora,
rima su monocordio en la noche vernal,
canta al claro de luna y a la fuente sonora
con un desbordamiento musical.

¡Noche blanca de estrellas y blanca de azahares,
en que tiene el amor
el sabor del divino *Cantar de los Cantares*
sobre una boca en flor!

Cuando hablamos de amor bajo de las estrellas
con nuestras blancas novias en los viejos jardines,
fluyen nuestras palabras, aromadas y bellas,
igual que un florilegio de estrellas y jazmines.

Y canta la cigarra, y la novia suspira,
¡Dios sabe por qué dulce y galante dolor!
La noche arde y en éxtasis nuestra amada nos mira;
¡qué bien cantan las dulces cigarras del amor!

¡Canta, cigarra de oro! Vendrá pronto el invierno
y agostará la escarcha tu laúd.
¡Canta en esta hora única el divino y eterno
poema de la Gloria y de la Juventud!

Canta, cigarra, ebria de ensueño y de emoción,
entre las rosas y entre las espigas:
para ti es el laurel, el beso y la canción.
¡lo demás para las hormigas!

Canta, cigarra loca, canta en la hora florida;
te hacen burla los sapos hundidos en la escoria.
¡Qué bello es dar la vida
por una hora de amor, por un sueño de gloria!

¡Nocturno de verano! Toda la noche canta
la fuente, la cigarra, el ruiseñor;
la luna, la sortilega de los cielos, encanta
esta bola del mundo podrida de dolor.

Madrina de los locos, luna de los poetas,
apoteosis de plata del gran claro lunar,
que das a nuestras almas visionarias e inquietas
deseos de cantar y de soñar.

Y sentir que florecen los besos en la boca
y los sueños en el laúd.
¡En las noches de luna, qué bien canta la loca
cigarra de la juventud!

JARDÍN PÚBLICO

En los jardines públicos hay un recogimiento
de remanso, en las noches todas blancas de luna:
camarín de los sueños de algún artista hambriento
y de las buscadoras de amor y de fortuna.

Hay poetas, gallofos e inquietantes mujeres;
son escombros de vidas que reúne el acaso;
y se cuentan, con lágrimas, los remotos placeres
y en voz baja se dicen el dolor del fracaso.

¡Jardín de los bigardos y de esa poetambre
que sabe que mal riman los sonetos y el hambre,
mientras llora una fuente su pena cotidiana!

En todos los jardines hay un banco sombrío
donde un hombre sin nombre murió de hambre y de frío
una noche... en el centro de esta ciudad cristiana.

CÓRDOBA

¡Alma cordobesa
triste y soñadora!
En las muertas calles parece que pesa
la tristeza mora.

Maga ciudad, llena
de plazas vetustas con humilladeros,
calles de las novias de los bandoleros
de Sierra Morena.

Mujeres sensuales
que en las rejas cantan las noches de luna;
mujeres morenas con ojos fatales,
con el fatalismo del alma moruna.

Pupilas extáticas
entre las ojeras,
mujeres ardientes, mujeres dramáticas
como los sollozos de las peteneras.

Llora una lejana
fuente, lentamente su monotonía.
¡Silencio! ¡Qué triste, la copla gitana
suena en los recodos de la Judería!

¡Oh, rejas floridas, labradas cancelas
novias andaluzas, naranjos en flor!
¡Bordón de las dulces moriscas vihuelas
que llora una pena tan honda de amor!

¡Córdoba! ¡Silencio! Torcidas callejas,
plazuelas con cruces, saetas gitanas.
Flota un vago aroma de antiguas consejas
de ardientes califas y tristes sultánas.

¡Alma cordobesa
triste y soñadora!
Sobre tus mujeres parece que pesa
la leyenda mora.

LA JUGLARESA CANTA

En la tragicomedia de la existencia mía,
mi alma, que es juglaresa de su propio dolor,
sólo tiene un remanso cordial, la poesía,
el verso que hace música la pena y el amor.

Allí, sin bambalinas, ni afeites ni comparsa,
la emoción es más honda y el gesto más sincero
nos rompe el corazón la verdad de la farsa
y se asoma a los ojos un llanto verdadero.

Mi alma, la triste y loca juglaresa, os llama:
«—Ved la tragicomedia de un corazón que ama
y que sufre; llegad, piruetea la musa

y espera desgranando su lírico dietario
a que suene una hora... y entre en el escenario
el perfil de marfil antiguo de la Intrusa.

AGUAFUERTE TAURINA

¡Toros de noche!... Focos de un fulgor amarillo;
flamean los joyantes capotes escarlata;
los toreros refulgen, al cruzar el anillo,
como polichinelas de oro y plata.

Caballos desgarrados...; sabe a sangre la boca;
hay en el coso trágico demasiado dolor.
Posee a las mujeres como una fiebre loca
de lujuria al sentir la muerte alrededor.

¡Oh bárbara epopeya, visión sangrienta y mágica
de luz y de bravura y de gracia latina!
Esa es la España trágica
vista en una radiante pandereta taurina.

¡Y la emoción cruel del riesgo y los raudales,
cual fulgentes rubíes, de la sangre del toro
y la muerte que juega con los rojos percales
y que pasa rozando los caireles de oro!

¡Los rehiletes de fuego! Huele a carne quemada
—olor muy español, de auto de fe—.
Llora el toro, y es triste y humana su mirada,
que ve tanta crueldad y no sabe por qué.

Y elevando el testuz, clásico y bello, acaso
sueña con las esquilas de los bueyes cansinos
que en las tardes geórgicas van rimando su paso,
con las lentas carretas, por los largos caminos...

¡Toros de noche! Bajo el fanal de la luna
da una emoción goyesca de aguafuerte,
de pantomima trágica; y el redondel es una
pandereta sangrienta de la Gloria y de la Muerte.

Después, entre rameras, por una calle obscura,
como un centauro lúgubre y burlesco
en un espectro de cabalgadura
se esfuma un picador zuloaguesco.

UN DUELO DE PEPE-HILLO, CON LA ESPADA DE GODOY

Fué en aquel tiempo galante
de las manolas duquesas,
que andaban de picos pardos
en las noches de verbena.
Doña Clara de Viluma
era una rubia doncella,
heráldica flor de lis
de la más rancia nobleza.

La damita era azafata
de la reina,
y con ella iba a los toros
en calesa.

Pepe-Hillo era el espejo
de la bravura torera.
Al verle burlar la muerte
con su capote de seda,
tenía la linda rubia
más moradas los ojeras.
Y una tarde, en un billete
de amor que portó una dueña,
al galán citó una dama
misteriosa en la verbena...

¡Sotillo del Manzanares,
que viste en dulce pareja
a Godoy con María Luisa
y al torero y la duquesa!

¡La redecilla del majo
se enredó en las rubias trenzas,
y el guardia de Corps decía
madrigales a la reina.
Manzanares que les viste
perderse entre la arboleda,
¿no es verdad que como lirios
eran después sus ojeras?

Era un vizconde de Francia
el galán de la doncella;
por la dueña parlanchina
supo el vizconde su afrenta.
Por toparlos y topando
fué por toda la arboleda,
y arrojó su guante al rostro
del cortejo de la bella.

Recogió el guante el torero,
que iba, a la usanza plebeya,
sin armas. Le dió su espada
Godoy para tal empresa.

¡Nunca un lance más gallardo
vió la Monclova goyesca!
Aquel vizconde de Francia
muerto quedó en la arboleda.
Presto cundió el devaneo
de la manola duquesa,
Doña Clara hundió en el claustro
para siempre su belleza.
Así finó Pepe-Hillo
su aventura romancesca
con la espada de Godoy
una noche de verbena...

VOCES DE AGORERÍA

¡Toda la noche, toda la noche, como una incierta
voz angustiosa del más allá!
¡Toda la noche, toda la noche, junto a la puerta
un perro negro llorando está!

¿Qué sombra pasa?... ¿Qué sombra mata los reverberos
en las desiertas calles, henchidas de hondas angustias?
¡No la ve nadie!... Pero a su paso por los senderos
crujen macabras las hojas mustias.

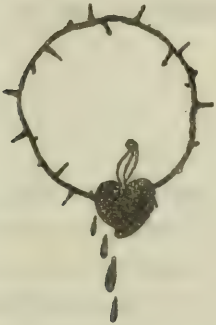
Toda la noche, los campanarios, en el profundo
silencio, tañen sus fantasmales voces lejanas;
toda la noche. como un gemido del otro mundo,
llena los vientos el *De profundis* de las campanas.

¿Qué reloj negro canta las horas, mientras las vidas
¡las más floridas! se desmoronan en los osarios?
¿Qué brujas negras, qué brujas negras y contorcidas
son las que tañen la extraña orquesta de campanarios?

¡Toda la noche, brilla en la muerte calleja umbría
de una ventana la luz incierta.
Toda la noche, con sus lamentos de agorería,
estuvo un perro junto a la puerta.

¡Era tan rubia! Yo la veía tras los cristales
de esa ventana por donde cruzan sombras llorosas.
¡Era tan blanca! Luego vinieron las otoñales
noches que mustian todas las rosas.

¡Toda la noche gimen los negros perros errantes!...
¡Oh pobre virgen, muerta en aroma de juventud!
¡Luego vinieron dos hombres negros y alucinantes
trayendo en hombres un ataúd!



LA FLOR DE LA VERBENA

En la noche de San Juan
arden alegres hogueras
y van las mozas al bosque
para coger la verbena.

Noche clara de San Juan;
toda la villa está en fiesta
y danzan con sus cortejos
las niñas en la verbena.

Noche de ardientes palabras
y de sabrosas promesas
y picantes aventuras
bajo de las arboledas.
Niña que bajas al soto
por la flor de la verbena,
ten cuidado no se mustie
la rosa de tu pureza,
que esa es flor de hechicería
la que embruja a las doncellas.
¡Quién dijera tantos duelos,
tantos llantos quién dijera,
por extasiarse en un beso
una noche de verbena!
Las doncellas más garridas
van tristes y con ojeras,
con el alma envenenada
por la flor de la verbena.
Es la flor del sortilegio
que buscan las hechiceras
a las doce campanadas
las noches de luna llena.

¿Qué hechizo dulce y maligno
tiene la flor verbenera
que se ponen las zagalas
igual que exvotos de cera?
Nadie conoce la clave
de tan maligna conseja;
pero los rostros lloridos
tienen enormes ojeras
por extasiarse en un beso
una noche de verbena
y andar en dulces arrobos
bajo de las arboledas.

* * *

Niñas que bajáis al soto
en las noches verbeneras,
cuidad que no os vea el Diablo,
que va a endemoniar doncellas,
muy galán y muy pulido,
perfumado y con preseas,
y sabed que es flor simbólica
esa flor de la verbena.

LA MUSA DEL RÍO

I

¡Viejo puente de Alcántara sobre el Tajo armonioso!
¡Musa eterna del río que junta en su raudal
la voz de Garcilaso, el divino, a un saudoso
melancólico fado del dulce Portugal!

El Tajo musical es el viejo trovero
que canta del terruño las grandezas pasadas;
cuando clama la heroica canción del Romancero
le responde, a lo lejos, la voz de las Lusiadas.

¡Oh, el clamor de las presas, como un crujir de fraguas,
noble y preclaro río; tus armoniosas aguas
templaron las espadas de la Fe y de la Gloria.

Aurea y vieja Toledo, en tu insigne recinto,
igual que en una cumbre de la Raza y la Historia,
brilló el sol, en la testa del César Carlos Quinto.

II

¡Oh puente toledana, en tu ojo negro y hueco
hay una eterna lágrima por la gloria ancestral;
tú viste la pupila visionaria del Greco
siguiendo la corriente del río musical!

¡Toledo! ¡Ciudad maga, legendaria y moruna
que aromas de leyendas las piedras herrumbrosas!
¡Yo he visto desclavadas, a la luz de la luna,
del Cristo de la Vega las manos milagrosas!

Viejo puente de Alcántara que escuchas la canción
del agua, que palpita igual gue un corazón;
voz del Tajo poeta que nuestros fastos llora,

que cantó la conquista de América y el paso
de Lepanto. ¡Oh, trovero río de Garcilaso!
¿Qué glorias de la Raza puedes cantar ahora?

LA POSADA DE LA SANGRE

I

Mira a Zocodover la estancia donde vive
el soldado poeta de la truncada mano;
arde en fiestas el viejo mesón del Sevillano,
mientras en su aposento maese Miguel escribe.

Las dos mozas se dejan pulsar por los arrieros,
que son varones doctos en mozas y en vihuelas,
y bailan dos gitanas a un son de castañuelas
ante la más lucida rueda de galloferos.

El poeta buscón sus romances termina,
ve a la moza Constanza que en el patio trajina,
se cala su chapeo, se ciñe la tizona.

—¡Bien digna es la mocica, por lo hermosa y discreta,
de ser reina de España— y se aleja el poeta
mal herido de amores por *La ilustre fregona*.

II

¡Mesón del Sevillano! Plantel de picardía,
del corchete y la coima, del murcio y del virote;
camarachón glorioso, donde soñara un día,
el ingenio que fué truhán y galeote.

Linda era la doncella, más limpia que la plata,
bajo de su anascote de moza de mesón;
Miguel la amó, y la moza fué con su amor ingrata,
y el duende de los celos le mordió el corazón.

Maese Miguel tenía nevada la cabeza
que antaño fuera de oro, y la enorme tristeza
de su vida andariega, miserable y hampona...

Y en esta estancia, acaso, con amargor de hiel
resbalaron sus lágrimas, arrugando el papel,
donde pintaba el garbo de *La ilustre fregona*.

EL ESPADÍN

Diz que era el Diablo en persona
aquel caballero guardia;
siempre andaba en aventuras
de mujeres y estocadas.
Don Alfonso de Echenique
tal diablejo se llamaba;
traía rubio mostacho
y la apostura bizarra,
chapeo de tres candiles,
bandolera roja y blanca
flotante capa de armiño
y cabellera empolvada.

Tan galán iba de noche
a galantear tapadas,
a hacer maridos cornudos
y a repartir cuchilladas.

¡Dulce leyenda de amor
la del caballero guardia;
bajo su bigote rubio
se embriagaron muchas damas
con el gentil maleficio
de sus ardientes palabras!
Y desde la gitanilla
Lucerito de Triana
su amor voló al camarín
de María Luisa de Parma.
Locas rosas de amorío
su cabeza coronaban;
no hubo frente femenina
que en sueños no le evocara
con sus mostachos de oro
y envuelto en su capa blanca.

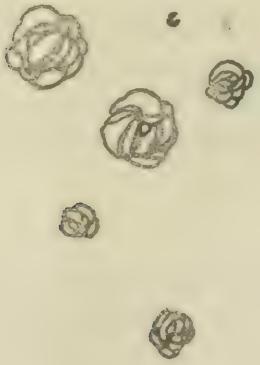
Madrid duerme. En un balcón
hay una luz solitaria,
a cuyo fulgor se ve
una dama rubia y blanca.
—¡Feliz aquel que, impaciente,
tan linda mujer aguarda!
—Bien galante y lisonjero
es el caballero guardia.
—¿Sabéis quién sois?
—En la corte
saben de vos muchas damas
que vais dejando una estela
de caricias y de lágrimas—.
Si galán fué el caballero,
no fué zahareña la dama,
y a poco crujió una puerta
en la calle solitaria.

—¡Os digo que ha cinco lustros
nadie vive en esta casa!
—Vaya, maese, abrid presto;

toda la noche pasada
he estado aquí y he olvidado
mi espadín en esas cámaras—.
Abrió con sorna el maese,
y vió el caballero guardia
deshabitada y en ruinas
aquella casa endiablada.
—¡Vive Dios, que hay sortilegio
y por aquí el Diablo anda!—
De pronto vieron sus ojos,
llena de terror el alma,
el espadín olvidado
en una rincón de una cámara.

Así finó la leyenda
de aquel caballero guardia.
que prendió en su galanía
a las más gentiles damas.
Don Alfonso de Echenique
dejó las glorias mundanas,
y puso a los pies de un Cristo

como un exvoto, su espada.
Murió en un claustro el galán
de la peluca empolvada,
de los mostachos de oro
y las ardientes palabras.
Y en una humilde capilla
aún el espadín se guarda
ante un Cristo que la plebe
llama el «Cristo de los Guardias».



CHOPÍN

En la noche de Abril, ensoñadora y cálida,
suena de un clavicordio el encanto galano;
un triste adolescente de exangüe mano pálida
hace llorar el alma sonora del piano.

Evoca un amor trágico de contraria fortuna,
de los tristes adioses el dolor taciturno
y los irrealizables amores en la Luna...
y son llanto de plata las notas del *Nocturno*.

Cesa la melodía romántica y galana.
Chopín, enfermo y pálido, se acerca a la ventana,
le embriaga con su aroma la acacia tempranera

y la noche encendida de luceros y llora:
—¡Acaso cuando torne la dulce primavera
se pudrirán mis huesos bajo la nueva flora!

EL MANCO GALLOFERO

En el Potro de Córdoba y en la alegre almadraba
nuestro manco poeta se doctoró de jaque,
ganó el amor de rosas y el oro por la brava,
amó a la Gananciosa y zurró a Chiquiznaque.

Con destreza de flor embaucó a Tagarote;
por un mendrugo, a ratos, desafió a la muerte,
y fué el más alto ingenio, buscón y gáleote,
por un contrasentido sangriento de la suerte.

La miseria y la cárcel nevaron su cabeza.
¿Por qué van siempre juntos el genio y la pobreza
y es la vida del arte tristemente irrisoria?

Á través de los siglos, manco y viejo poeta,
tu bravo Don Quijote, tu Cristo, a la jineta
te da una rosa eterna del rosal de la Gloria.

PANDERETAS

Solar de majas y chisperos,
de bailarinas y toreros.
¡Oh, el alma inquieta
de este país de pandereta!

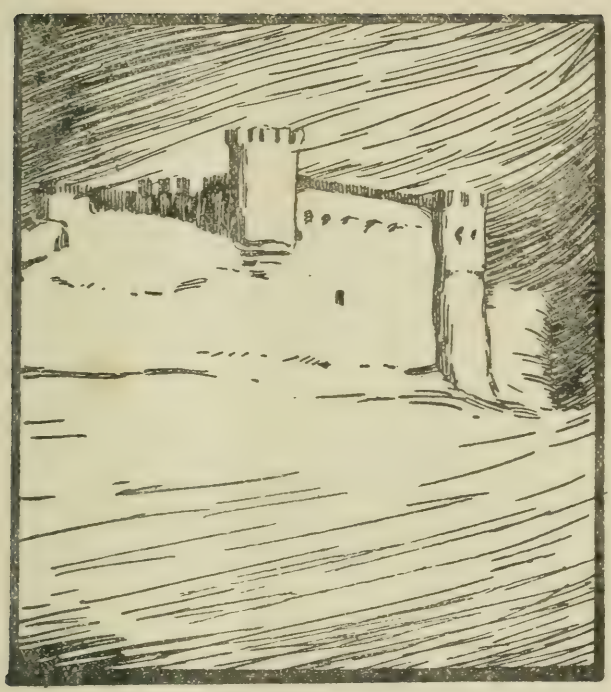
Floridas rejas de Sevilla,
soleares y castañuelas,
caras gitanas, manzanilla
¡y el misterio tras las cancelas!...

Córdoba trágica, Granada...
Musa que llora.
La morisca gloria truncada.
Canción de beso y puñalada
y la letal tristeza mora.

Gitana de alma de poeta
enferma de melancolía.
¡Oh, pandereta
de la radiante Andalucía!

Madrid, gentil florón de España,
chulas y chulos pintureros;
sangre brava de Malasaña
y donaires de los chisperos,

La Monclova y el Manzanares;
bailes, verbenas y cantares,
pan y toros, capa bordada



del majo alegre y pintoresco.
Pandereta inmortalizada
por el brujo pincel goyesco.

Bailarinas, toreadores
y aventureros de alma inquieta;
son gentiles embajadores
de este país de pandereta.

¡Pobre pueblo menesteroso
envuelto en místico ropón
y romántico y generoso
en fantasía y emoción!

¡Solar de la bella locura,
del honor y de la aventura!
¡Oh, el alma inquieta
de este país de pandereta!

LIGEÍA

El bardo del Horror, aquel divino Edgardo,
te vió en la apoteosis de un retablo evangélico,
con místicos fulgores y fragancias de nardo,
toda de oro, como una Virgen de Fray Angélico.
Aquel divino Edgardo, que en las horas tranquilas
— oasis en el dolor de sus días inciertos—
te pidió el resplandor de tus magas pupilas
para ver en las sombras del reino de los muertos
Milagrosa Ligeia, la que diste consuelo
al genio del Espanto, que jamás sonreía;
arcángel femenino que en la mano traía
el lirio anunciador de los parques del cielo.

Rojo estaba el anillo del padrino Saturno,
cuando nació el divino poeta taciturno,
¡pobre Edgardo, borracho, solitario y nocturno!
Pero a tu advenimiento, ¡oh, arcángel femenino!,
trocaste al caminante del más negro camino,
de bardo del Infierno, en un Genio divino.
Fué de oro tu cabello, igual que un rompimiento
de gloria; negras fueron tus pupilas sibilas;
en sus noches de horror y de renunciamiento
no tuvo más estrellas que tus magas pupilas.

Prodigiosa Ligeia, rubia virgen profética,
una noche de luna, misteriosa y magnética,
te fuiste de la vida para siempre jamás
lo mismo que un penacho de incienso... Y el protervo
cuervo de ojos redondos, el fatídico cuervo
en el alma del bardo clavó su pico acerbo,
con su negro estribillo: ¡Nunca más! ¡Nunca más!

LA MUERTE DE SALOMÉ

Salomé fué rubia, y el áureo raudal
de su cabellera
era más dorado que su manto real.
Fué rubia, lo mismo que una llama viva,
y en sus danzas era
como una serpiente dorada y lasciva.

Blonda como el trigo, la pinta el Tiziano;
un rubí fulgía sangriento en su mano.
¡Oh, manos perversas, manos olorosas!
¡Ojos de violentas ojeras sensuales!

¡Oh, pies musicales,
blancos pies, cargados de piedras preciosas!

La princesa inquieta,
de cabellos rubios y mirada verde,
aun sueña que muerde
los cárdenos labios de Juan, el asceta.

Ya ha muerto el Tetrarca y ha muerto Herodías;
se hundió el poderío de los faustos días,
y como una pálida sombra mendicante
vaga la vesánica princesa danzante.

Es invierno, nieva. El río está helado
y es como una lámina de terso cristal.
La princesa baila al viento el raudal
de su milagroso cabello dorado.

De pronto, los témpanos se abren a su paso
musical y lúbrico, y se hunde en el río
su divino cuerpo de ámbar y de raso,
y plasman sus labios el reír sombrío
de los miserables que mueren de frío.

¡Fué su último baile! Un filo de hielo,
igual que un alfanje de blanco cristal,
segó su cabeza. Caía del cielo
la nieve como una losa funeral.

¡Oh, princesa extraña, perversa y artista;
ya sus locas danzas no trenzará nunca!
¡Rueda por el hielo su cabeza trunca
como la cabeza de Juan el Bautista!

DÍA DE DIFUNTOS

I

¡El cementerio en fiesta! Ceremonia burlesca,
la mascarada lúgubre atraviesa el jardín;
Colombina, enlutada, derrama una grotesca
lágrima mientras mira con amor a Arlequín.

Pierrot ha muerto, gime su consorte diablesca
y hace el más femenino y picante mohín;
con su cara de luna, blanca y funambulesca,
haciendo que solloza se pierde en el confín.

¡Dolor de las viuditas de alma de marioneta!
Colombina de luto, capaz de ser coqueta
con el mismo Caronte en la Estigia laguna.

Arlequín y la dama suspiran en la umbría
por el pobre Pierrot, y como una ironía
recórtanse en la noche los cuernos de la Luna.

II

Hachones y coronas y preces rezongadas
por las esposas muertas y los amigos viejos,
farsa en que las farándulas llegan siempre enlutadas
a orar sobre las tumbas... con el alma muy lejos

La reina misteriosa de la eterna quietud
hoy abre sus alcázares, mientras que los gusanos
hacen en algún negro y podrido ataúd
una glosa sarcástica de los sueños humanos.

Es de noche; en los nichos las tristes luminarias
de los difuntos brillan como almas solitarias.
¡Hora de poesía ungida de emoción

en que caen nuestras lágrimas, y en los mágos cristales
del espejo interior resurgen fantasmales
los muertos que llevamos en nuestro corazón!

IGUAL QUE LAS SOMBRAS

Como sombras vanas pasan por la vida...
¡Oh, amigos antiguos, figuras lejanas!
A todos les mata su secreta herida
y se van perdiendo como sombras vanas...

¡Oh, bocas fragantes de antiguas amantes
en las que bebimos el dulce misterio
sensual! ¡Ya son tierra las bocas fragantes!
¡Dios sabe en qué osario de qué cementerio!

Si de mí se aleja alguien que me ama,
me ronda una idea vaga y angustiosa;
sé que en cada instante se extingue una llama
¡y en cada minuto se cava una fosa!

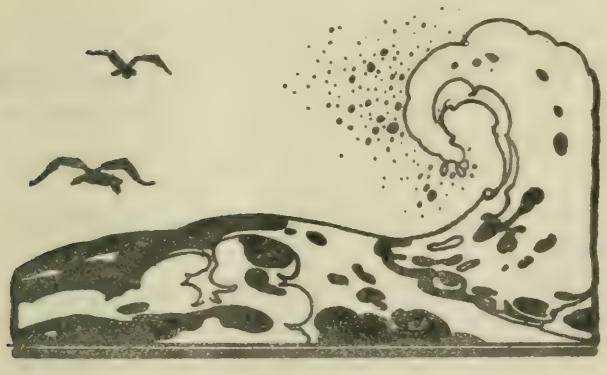
¿Qué boca de hielo cruel y desdentada
sopla al lado nuestro y apaga las vidas?
La góndola negra de la Descarnada
boga a islas remotas y desconocidas.

¡Los muertos no vuelven! ¿No vuelven? ¡Acaso!
Una voz lejana a veces me nombra;
vuelvo la cabeza y sólo oigo un paso
leve como un vuelo, que roza la alfombra.

Nombres que tejieron nuestra propia historia,
las novias antiguas, los amigos viejos,
pasan cual fantasmas por nuestra memoria
igual que en el fondo de extraños espejos.

¿Adónde se han ido? ¿Qué rachas glaciales
apagaron estas lámparas de vida?
¡Oh, fragantes musas de mis madrigales!
¿Dónde yerra vuestra sandalia florida?

Di si nos esperan los que antes traspasan
la muerte, ¡oh, voz leve que a veces me nombras!
Los rostros se olvidan y las vidas pasan...
¡igual que las sombras, igual que las sombras!



GLOSAS DE LA GUERRA

I

¿No oís en los aires como un prodigioso clamor so-
[brehumano?
Los fieros bridones galopan, al viento flotante la crin;
parecen los rubios centauros de un «lied» wagneriano,
que pasan cantando las viejas baladas del Rhin.

Es Fausto, filósofo, que llega, la espada fulgente en
[la mano;
el alma de Fausto, que viene a los sones del áureo clarín;
desnuda la espada y en guardia, le espera Cyrano...
¡Lutecia, la loca sirena, presiente su fin!...

El alma germana de hierro y el alma latina divina;
se baten en duelo: la fuerza del Norte, la gracia latina,
las rosas de Francia y el fresco laurel de Berlín.

En gesta de fuego que tiene el impulso de una catarata
viene el Anticristo, que lleva en las sienes un casco de [plata,
un rojo penacho y un manto de armiño como Lohengrín.

II

Igual que ciclones, ya llegan los rubios centauros de
[Norte;
sus risas paganas en preces de duelo convierte París.
El Káiser de Hierro soñó con el dulce Versalles, la corte
fragante y galante, la corte del áureo Rey Luis.

El mundo retiembla al golpe del casco brutal y sonoro;
la muerte en la tierra, la muerte en los mares, la muerte
[en lo azul...
Viajeros de Europa, los cuervos fatales, vuelan sobre
[el oro
de los minaretes de la legendaria dorada Stambul.

Las voces proféticas se cumplen: los signos del rojo
[Destino;
una ola de fuego arrasa las flores del suelo latino.
El Destino es cómitre de nuestros futuros; el Destino es
[fuerte.

¡Racimos de vidas! ¡Penachos de fuego son las Ca-
[tedrales!.
Pasa el Anticristo y oye el mundo, atónico, sus salmos
[triunfales,
sonando en el ara de Nuestra Señora la Muerte.

VIEJO PARIS

Callejas de París del tiempo de la Corte
de los milagros, cuando paseaba Villón
su tabardo raído y glorioso y su porte
altivo y pintoresco de emperador hampón.

El poeta Villón cantó al viejo París
y desgranó el collar de sus sueños rimados
en las fiestas galantes del onceno Rey Luis,
de noche, en el siniestro jardín de los ahorcados.

¡Oh, bardo vagabundo que escribió madrigales
a las tristes rameras y *Autos Sacramentales*
en loor de los obispos por un montón de cobre!

¡Oh, dolor del talento; en el arroyo una
noche, como un mendigo, se murió solo y pobre
cuando le estaba haciendo un rondel a la Luna!

Se llamaba Esmeralda la gitana ambarina
y era grácil danzando, como una flor de lis;
Claudio Frollo miraba su danza serpentina
en el atrio de Nuestra Señora de París.

Y el clérigo filósofo sintió la mordedura
del Demonio, en la arcilla de su carne sensual;
por unos senos blancos olvidó su cordura
y se hundió en el abismo del pecado mortal.

En la calma alta noche y al resplandor lunario
se asoma su perfil al viejo campanario,
fantasmas de una historia de dolor y placer.

Amor de Claudio-Frollo, amor que era alegría
del Infierno. ¡Oh tristeza de la filosofía
ante la gracia eterna de un cuerpo de mujer!

EL CAMPANARIO DE LAS BRUJAS

Las brujas van envueltas en sus negras dalmáticas,
y cantando los salmos del padrino Saturno,
a media noche vuelan a las cortes sabáticas
del Gran Macho Nocturno.

Con sus doctas cornejas y buhos hechiceros
viven en el ruinoso campanario ancestral,
donde no llega el tufo de los santos braseros
del negro Tribunal.

Porque es verdad que hay brujas... Las he visto yo mismo
hechizando a la triste y absurda Humanidad
con sus filtros diabólicos. Se llaman Fanatismo,
Ignorancia y Crueldad.

Son los ángeles negros del siniestro retablo
del Infierno, y se burlan de los genios que gimen
en la amarga miseria; son las damas del Diablo,
las que paren el Crimen.

Celebran en la torre ruinosa y solitaria
las Negras Misas mágicas cual demoniaca ofrenda.
Nos lo ha dicho esa virgen, divina y visionaria,
que se llama Leyenda.

Las brujas son eternas. En vano las ensalma
la Inquisición en época de diablescos terrores.
Las brujas más horribles vivían en el alma
de los inquisidores.

Con sus ungüentos mágicos y con sus bebedizos
pueblan los manicomios de tristes ilunados;
con sus dedos de garfio tejen los corredizos
nudos de los ahorcados.

Son las inspiradoras de esos asesinatos
sin causa, en las tabernas y en los negros prostíbulos,
y trenzan una danza de absurdos garabatos
en torno a los patíbulos.

Son las brujas siniestras del Rey Carlos Segundo,
las que quería ver el marqués de Villena,
cabalgando en las alas de un murciélago inmundo
bajo la Luna llena.

Son amigas de Goya, son amigas del Greco,
y aunque anidan en nuestro corazón visionario,
la conseja nos dice que viven en el hueco
del viejo campanario.

Ellas son las que tañen en la extraña campana
los agüeros de muerte con su triste *din dan,*
y el vulgo jura que es ella la campana lejana
del reloj de Satán.

Porque es cierto que hay brujas... Las he visto yo mismo
hechizando a la triste y absurda Humanidad
desde siglos remotos. Se llaman Fanatismo,
Ignorancia y Crueldad.

CASTILLOS EN ESPAÑA

¡Castillos de la tierra castellana!
Esqueletos heroicos de los tiempos feudales,
que os alzáis en la vida de ahora, pobre y llana,
lo mismo que románticos fantasmas medioevales.

Yo quisiera tener cual torre de marfil,
como un nido de sueños, un soberbio castillo;
contra la villanía que odia el verso gentil,
yo bien quisiera ser señor de horca y cuchillo.

¡Castillos de la blanca princesa Poesía!
Castillos de los pardos terruños castellanos
que vieron las Cruzadas contra la morería
y flamear al viento los pendones cristianos.

Nidal de los altivos comuneros
que mira frente a frente el Infinito;
la epopeya gloriosa de los Fueros
está escrita en estrofas eternas de granito.

Como versos de piedra cantan los señoriales
castillos, de la Raza, el poema antañón.
¡Hierro en las armaduras ancestrales,
hierro en el corazón!

¡Oh castillos de ensueño! ¿Qué bardo no querría
poseer un castillo y una tersa laguna?
¡También nuestro señor Don Quijote tenía
un castillo en la Luna!

¡Un castillo de humo sobre un lago sonoro,
un alcázar creado por la diosa Quimera,
para esperar cantando en un esquife de oro
a que venga la Muerte, como Luis de Baviera!

¡Los castillos de España! ¡Oh la gloria lejana,
el laurel, el romance y la hidalguía!
Se alzan como fantasmas sobre la tierra llana,
sobre la tierra llana seca de poesía.

¡Oh la vulgaridad, oh la vulgaridad
de este seco y ramplón y angustioso momento!
Sin alas y sin sueños, el alma de esta edad
no sabe alzar castillos ni en tierra ni en el viento.

Don Quijote y el Cid duermen eternamente;
sus gestas milagrosas suenan a cosa extraña;
el Ensueño y la Gloria son, irónicamente,
castillos en España...

EL DIABLO FUNDA UN HOSPICIO

Fué el gentilhombre de Nápoles
muy galante con las damas
y mucho amor juró en falso
sobre la cruz de su espada.
Enfermó del mal de amores
a muchas lindas casadas,
a las cándidas doncellas
y a las viuditas livianas.
Que todas se le rendían
si por sus rejas pasaba
con su chambergo plumado
y con su capa escarlata.

Ricos joyeles se trajo
el caballero de Italia;
claros diamantes fulgían
en el puño de su daga.
Su nombre llenó de escándalo
la corte de las Españas,
que desde las damas nobles
—igual que rosas heráldicas—
su amor bajó hasta las rústicas
maritornes de posada.
Lo mismo ardientes morenas,
pelirrubias o castañas,
porque su sed de aventuras
bebía en cualquier fontana.
A maridos y tutores
el sosiego les hurtaba,
porque tras su galanía
a ellas se les iba el alma.
Y no pasó ni una noche
sin alegres serenatas,
cintarazos, madrigales
y lances de encrucijada.

Alguien dijo que era el Diablo
quien de noche suelto andaba
a endiablar a las mujeres
y a dar fieras estocadas.

Ya era viejo el gentilhombre
cuando dejó estas andanzas,
y se tornó muy devoto
harto de carne de faldas.
Una mañana salía
de las Monjas Mercedarias,
cuando topó con un reo
que al patíbulo llevaban
envuelto en la hopa siniestra
y las manos a la espalda:
«No me viera el caballero
de esta guisa tan villana,
si usarced cuidado hubiera
de los hijos que engendraba.
La cuitada de mi madre
Mari-Nuño la nombraban...»

Prosiguieron los corchetes
que al bigardo ajusticiaban,
y al montar en su litera
el caballero lloraba...

Fué don Baltasar Viglieti,
el gentilhombre de Italia,
aquel diablejo galante
que a las damas endiablaba
con lo gentil de su porte
y sus floridas palabras;
aquel que fundó un hospicio
para alivio de sus faltas.
Y dejó sendos doblones,
dolida y contrita el ánima,
para albergue de los hijos
del capricho o de la infamia.
Fundó un hospicio en la corte
el gentilhombre de Italia,
aquel rijoso diablillo
harto de carne de faldas.

DEL VIEJO MADRID GALANTE

¡La Monclova es el clásico vergel de los chisperos;
oh morenas manolas del Rastro y las Vistillas!
Y en noches verbeneras iban los caballeros
con sus capas toreras y con sus redecillas.

¡Tardes de la Florida! Por la arboleda espesa,
platicaba de amor
la duquesa manola, la picante duquesa
—que es la maja inmortal—, con el prócer pintor.

¡Veladas de San Juan, las de alegres hogueras
a cuyo resplandor, bajo de la espesura,
se ahondaban de la Reina las ardientes ojeras,
nuto a un guardia de Corps de gallarda apostura!

En calesas chisperas y en carroza fulgente
iban las damas majas cimbreando los talles.
¡Oh sotillos del manso Manzanares riente
que copiásteis las pompas de un jardín de Versalles!

La Monclava está llena de memorias galantes;
¡qué adorable desfile de cabecitas blondas,
qué dulce deshojar de palabras fragantes;
cuánto y qué bien se ha amado bajo tus nobles frondas!

La flor de la nobleza y la manolería
corrían aventuras por el verde sotillo,
y junto a las rizadas pelucas, se veía
la patilla de boca de hacha de Pepe Hillo.

Godoy fué el nombre de oro de la corte galante;
¡oh el caballero guardia del mostacho rizado
y la capa flotante
que tan galana estela de su nombre ha dejado!

Godoy llenó su época con su historia escabrosa
de amor. ¡Oh aquel magnífico pirata del amor!
Le hizo prócer y príncipe la rubia caprichosa,
rendida a su gallardo talle conquistador.

Esas frondas le vieron y escucharon la risa
—áurea risa italiana— de la Reina española.
¡Oh rubia María Luisa,
que se iba a las verbenas vestida de manola.

Frágil arquitectura, dulce refugio astral
en donde nos aislamos de la turba banal.

LA GLORIA

¿Qué aroma alucinante, qué maleficio exhala
tu voz cuando nos tiendes tu luminosa escala
y soñamos la eterna caricia de tu ala?
Eterna inaccesible, caprichosa inmortal,
que envenenas el alma con la sed del Ideal,
tú pones sobre el yermo de la monotonía
la embriaguez del laurel y de la poesía
y tu imagen lejana, envuelta en vago tul,
nos brinda una divina borrachera de azul.

¡Oh inefable embriaguez, oh preclara fortuna,
que nos eleva a nuestro castillo de la Luna!
Frágil arquitectura, dulce refugio astral
en donde nos aislamos de la turba banal,
cruzando entre luceros la celeste laguna
argonautas en nuestro cisne sentimental.
Allí es donde florecen los salmos verdaderos
de nuestro corazón, de argentina clareza,
hasta que, ebrios del todo, caemos de cabeza
encima de este craso rebaño de carneros.

¿Por qué, bella intangible, de sonrisa cruel,
nos haces delirar con el fresco laurel
y con el áureo beso de tu labio inmortal,
si nunca hemos de darnos un abrazo nupcial?
Y si alguna vez llegas, ya están muertas las lumbres
del corazón; tú tienes el hielo de las cumbres,
y nunca nos inspiras una dulce emoción
que constele de estrellas de amor el corazón.

¡Oh aquel gran día de oro en que posarse plugo
a tu labio en la frente de nuestro padre Hugo;
hubo en el Elíseo un gran fasto espectral
y un gran temblor de almas bajo el Arco Triunfal!
¡Oh la luz de esa lámpara de amor que arde constante
sobre el eterno mármol donde reposa el Dante!
¡Oh el amor de la Gloria, alado, y dulce, y fuerte:
tu clarín es el único vencedor de la Muerte!

Diosa de ojos de enigma, felina perennal,
vierte tus oros sobre este triste hospital
de almas; vierte en mi joven pecho tu poesía;
la juventud es tu hermana fugitiva de un día.
Arriba, vampiresa, de tus mundos inciertos;
llena de oro y de rosas nuestra melancolía;
comparte nuestro tálamo nupcial, pues se diría
que das tu extraño amor solamente a los muertos.
Y aunque yo te desdeño, te llamo ardientemente;
yo quiero tu laurel, tu dorada cimera,
para ofrendarte luego, como egregio presente,
a una mujer que ha sido mi nueva primavera.

FAUSTO

Fausto sabe la clave de todo cuanto existe,
y el amargo secreto de su sabiduría
—¡oh dolor solitario de la filosofía!—
le ha puesto el corazón eternamente triste.

Fausto tiene la clave
del Cielo, de la Tierra y del Infierno;
pero el viejo filósofo, triste y casto, no sabe
la emoción inefable que hace el pecado eterno.

Fausto no gozó nunca de livianos placeres,
y Don Juan fué a buscarlos, con diabólico afán,
en las bocas fragantes de todas las mujeres.
¿Quién tiene la razón, Fausto o Don Juan?

¡El amor es dolor,
y una negra tristeza viene tras el placer!
¡Pero es dulce el sabor de unos labios en flor
y misterioso el tibio seno de la mujer!

Goethe es Fausto. Carlota, Margarita y Elena
— las tres musas de carne del poeta divino —
nos dicen que la vida no valdría la pena
sin el Eterno Femenino.

El profundo doctor, que todo lo sabía
—menos la causa y la razón de ser—,
fué a encontrar el secreto, por tremenda ironía
del Diablo, en una boca fragante de mujer.

Y Fausto redivivo se entregó a la serpiente
que sabe el misterioso sortilegio sensual,
y condenó su alma eternamente
por la rosa de Venus... como cualquier mortal.

LA PLAZA DE LAS COMENDADORAS

Es una plazoleta arcaica y provincial,
apacible solana bajo el sol invernal;
tiene un aspecto prócer, devoto y ancestral
con sus viejas mansiones y su atrio conventual.

Es un rincón poético de una rancia ciudad
—Toledo, Burgos, Avila—; salmodian las campanas
sus lágrimas de bronce sobre su soledad,
lo mismo que en las muertas ciudades castellanas.

Se arrastra una viejuca seca como un sarmiento;
os mendigos del pórtico rezongan su lamento,
y se oye de los rezos el monótono acento
tras de las celosías tupidas del convento.

¡Plazuela melancólica preñada de leyendas
bizarras de los tiempos del amor y el honor,
amables serenatas y gentiles contiendas
por doña Beatriz o doña Leonor!

Esta plaza vetusta y gris no es de esta edad;
tiene un perfume antiguo de cosas olvidadas:
se piensa en los braseros de la Santa Hermandad,
en maridos burlados, galanes y tapadas.

Yo he visto en esta vieja plazoleta encantada,
tras de una celosía, una blanca enclaustrada,
mientras vagaba bajo la Luna plateada
la sombra de Don Juan, con su capa encarnada.

Gitana, reina gitana,
flor de la gitanería;

FLOR DE LA GITANERÍA

Gitana, reina gitana,
flor de la gitanería;
la de los ojos de abismo
y las rizadas patillas,
flotantes las negras crenchas
como un haz de negras víboras.
Gitana auribronceada,
de las morunas pupilas,
que me tienes prisionero
con artes de hechicería.

Bien quisiera ser gitano,
y entonces tú me amarías
y en la misma copa, en una
comunión de brujería,
¡con qué sed nos beberíamos
juntas tu sangre y la mía!
Dicen que ese vino ardiente
los amores eterniza:
que más que la vida dura
lo que con sangre se firma.
¡Tú me querrías entonces,
flor de la gitanería!

¡Quién fuera, reina gitana,
el rey de la serranía,
para robarte una noche
de tu tierra granadina!
En la grupa de mi potro
la sierra recorrerías;
serías la capitana,
gitana, de mi cuadrilla.

Y en el picacho más alto
nuestro amor se ocultaría
en Sierra Morena, donde
las águilas sólo anidan.
Nuestras lámparas nupciales
los ígneos soles serían;
a nuestros pies, muy lejana
y muy pequeña, la Vida.
¡Con qué lenguaje de fiebre
de mi pasión te hablaría:
sería cada palabra
como una rosa encendida!
¡Te quemaría de amor,
flor de la gitanería!

Dime la buenaventura,
por *tus muertos*, gitanilla;
sibila que vas errante,
yo quiero que me la digas.
En las rayas de la mano
no busques la suerte mía:

en tus ojos burladores
mi mala estrella está escrita.
Gitana de boca fresca
y alegre de seguidilla;
gitana de ojos dramáticos,
de carcelera fatídica.
¡Como sangran los claveles
de tu roja clavellina,
manchan de sangre las hebras
de tu melena corvina!
Claveles y soleares
te acompañan, adivina;
tus cantares y tus ojos
envenenaron mi vida.
¡Dime la buenaventura,
flor de la gitanería!

Gitana ardiente y fanática
de ojos negros de sibila,
radiante y triste lo mismo
que el alma de Andalucía.

¿Qué misterio hay en el fondo
de abismo de tus pupilas?
Tus ojos de petenera
queman tu carne ambarina.
¿Qué lumbre oculta te tiene
siempre la carne encendida,
que cuando besa tu boca
es como una llama viva?
Sé que hay mujeres-sirenas
de una belleza maldita;
para tormento de amor
el Infierno las envía.
Tu belleza ardiente y trágica
el alma me fanatiza;
por la gloria de tus besos
poco es ofrendar la vida.
¡Quema mi carne en tu hoguera,
flor de la gitanería!

LAS CRUCES DEL CAMINO

¡Qué misterio inquietante tienen en los senderos
los dos brazos en cruz de los humilladeros!

Cruces de los caminos,
que evocan las siniestras y antañonas consejas;
cuentos patibularios de ahorcados y asesinos
que junto al fogaril bisbisean las viejas.

Negra cruz del medroso sendero solitario,
en sus gradas de piedra, bajo la Luna llena,
al dar las doce el viejo campanario
llora un ánima en pena.

Aquellos pintorescos bandoleros
de trabuco y patillas, bravos y liberales
con los pobres, rezaban en los humilladeros
después de sus hazañas en los caminos reales.

¡Horror de los caminos, donde los caminantes,
en tiempos de crueldades y de supersticiones,
veían negras cruces, picotas infamantes,
con racimos de brujas y manos de ladrones!

Y los Cristos terribles, lívidos, macerados,
todo una llaga el cuerpo amoroso y trigal.
¡Cristos ensangrentados,
cual los tristes, macabros, del Santo Tribunal!

¡Oh cruz de los caminos,
que levanta el espíritu y consuela
a los descalzos peregrinos,
de barbas apostólicas, que van a Compostela!

Peregrinos de báculo y de parda esclavina,
mendigos y saludadores
que saben una extraña medicina
que conjura el hechizo de los malos amores.

Cruces de los caminos, tristes humilladeros,
ante los que inclinaban sus altivos airones
los nobles caballeros
que iban a las Cruzadas con sus fieras legiones.

¡Oh cruz de esas consejas que bisbisea una
vieja, en torno del llar, en las noches heladas;
lugar de desafíos, a la luz de Luna,
ante los Cristos lívidos de las encrucijadas!

¡Qué inquietante poesía tienen en los senderos
los dos brazos en cruz de los humilladeros!

La España de ayer: románticas
melenas, bajo el sombrero
de alas planas y alto tubo;

MINIATURA ROMÁNTICA

La España de ayer: románticas
melenas, bajo el sombrero
de alas planas y alto tubo;
perilla a lo mosquetero,
fraques con botones áureos,
corbatas de encaje, al viento,
y la amplia pañosa parda,
de tan castizo abolengo.

De esta guisa he visto a Fígaro
—el amargo caballero—,
sonriente en el pulido
marfil de un medallón viejo.

Todo era entusiasmo, lucha,
juvenil desbordamiento;
todo para el alma joven
tenía un sentido nuevo.

Era el amor como un culto
galante y caballeresco;
los poetas se batían
por la gloria de un soneto,
de noche, entre los cipreses
de los viejos cementerios.

La España de ayer: período
romántico y pintoresco;
las melenas de Espronceda
son el airón de aquel tiempo
de amor y de barricadas,
de heroísmos y de ensueños,
cuando los hombres sabían
morir con un bello gesto...

¡Edad de los clavicordios
y pomposos minuetos
y galantes serenatas
en el nocturno misterio!

Las pulidas damiselas
—muy pálido el rostro bello—
alisaban las románticas
guedejas de sus troveros,
y se parlaba un lenguaje
de muy floridos conceptos.
El amor era el motivo
de vivir, y por un beso
se batían con el mismo
Caronte los caballeros.

Increíbles fraques azules,
rancios y absurdos sombreros
de tubo, que ahora evocamos
con un irónico gesto.

¡Oh miniaturas románticas
de los medallones viejos,
de damitas y galanes,
de rostros trovadorescos
que lucen luengas melenas
como un airón del ensueño!

Granada llora
con las fuentes de sus jardines
su pena mora.

LA SIBILA

¡Gitanilla del Albaicín!
Reina picante de la zambra;
rosa morena del jardín
taumatúrgico de la Alhambra.

Granada llora
con las fuentes de sus jardines
su pena mora.

¡Pena morunà,
que se embriaga de jazmines,
de serenatas y de luna!

Gitanilla auribronceada,
tu grácil figura anacrónica
guarda, como una luz sagrada,
la vieja ciencia faraónica.

Tú sabes el idioma arcano
y el talismán para la suerte,
y entre las rayas de la mano
ves el camino de la muerte.

En tu alma extraña sientes una
ola de añoranzas ambiguas:
es que al influjo de la luna
recuerdas tus vidas antiguas.

Tú has vivido en el legendario
dorado siglo bizantino,
o has cruzado en tu dromedario
el viejo Egipto sibilino.

Tú has visto a la reina de Saba
en sus jardines de azahares,
cuán dulcemente se extasiaba
con el *Cantar de los Cantares.*

¡Granada de los muecines
y los orientales jardines,
plantel de la gitanería,
donde entre aromas de jazmines
se retuercen los garrotines
en una sensual agonía!

Alma gitana,
la de las negras maldiciones,
la que sabe ver el mañana
leyendo en las constelaciones.

Alma de misterio y pasión,
que conjura a la mala suerte,

y en su sangrienta comunión
exalta el amor y la muerte.

Yo creo en tu saber arcano
y amo tu nómada hermosura;
¡gitanilla, toma mi mano
y dime la buenaventura!

Don Juan, galante, discretea;
en una loca danza van,
y hasta la Muerte coquetea,
entre los brazos de Don Juan.

UNA AVENTURA DE DON JUAN

El bello Don Juan es eterno
—jugador, valiente y carnal—,
y retorna desde el Infierno
en las noches de Carnaval.

Fué en un baile funambulesco;
la luna ilumina el jardín,
y piruetea el picaresco
bellaco de Don Arlequín.

En los salones de la danza,
rebozada en blanco disfraz,
Colombine la rubia lanza
un guiño bajo su antifaz.

Pierrot, el lunario poeta
de la clásica comedieta,
ve a la Pálida en el umbral,

y sus bucles ralos se erizan,
mientras las luces agonizan
igual que a un soplo fantasmal...

Don Juan ve a la dama inquietante,
y la pluma de su birrete
barre la alfombra en un galante
giro muy siglo diez y siete.

Tras su antifaz, la Descarnada
mostraba las lúgubres cuencas,
con la lucecilla embrujada
de sus pupilas azulencas.

—Tapada del negro monjil
y de la mano de marfil,
bríndame tus labios en flor.

—Burlador gentil de mujeres,
en mi tálamo los placeres
duran cien siglos, burlador.

Don Juan, galante, discretea;
en una loca danza van,
y hasta la Muerte coquetea,
entre los brazos de Don Juan.

Al remate de la aventura,
poseso de una fiebre loca,
trenzándola por la cintura
le da un beso en la fría boca.

Después, a la luz de la luna,
cruzaron la negra laguna
en una góndola encantada;

se oye un seco crujir de huesos
y el estallido de los besos
de la Señora Descarnada.

Don Juan se tornó a los Infiernos;
pero no os aflija su suerte:
él sabrá ponerle los cuernos
a su seca esposa la Muerte.

La esposa de la hórrida mueca,
cuya coyunda es eternal...
Pero él se burla de la Seca,
porque D. Juan es inmortal...

¡Soñadora, soñadora,
que sueñas en tu ventana

MIENTRAS ES PRIMAVERA

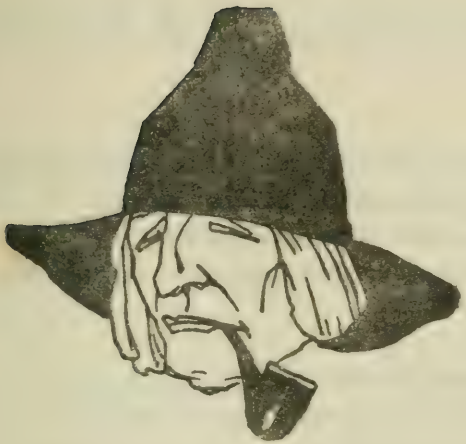
¡Soñadora, soñadora,
que sueñas en tu ventana
en la noche sevillana,
toda fragante y cantora!
¡Mujer de belleza mora,
sueña en tu reja florida,
que, a veces, más que una vida
vale el sueño de una hora!

Entra un limonero en flor
a tu blanco camarín,
mientras canta en el jardín
el poeta ruiseñor.
Oye al dulce trovador
su ardiente trova galana:
¡tal vez no cante mañana
en tu jardín interior!

Soñar es mirar las cosas
tras de milagrosos tules,
es tener alas azules
y armoniosas.
Gusta las mieles sabrosas
del dulce mayo nupcial,
¡que muy pronto en tu rosal
no habrá rosas!

Sueña, acacia tempranera,
tus áureos sueños divinos;

hila los cándidos linos
del telar de la Quimera.
  Goza de la hora primera
que cree, encendida en amor,
que es eterno el ruiseñor
y eterna la Primavera.



LAS SIMAS

¡Simas de la lujuria! Oscar Wilde, el narciso,
Verlaine, el mendigo, se hundieron en las simas;
ueron lo que el demonio de la lujuria quiso...
Ruiseñores protervos de milagrosas rimas!

La arcilla es triste y sueña con la embriaguez sensual
como compensación de los días tediosos,
y canta la sirena del pecado mortal
los placeres sin nombre, los delirios monstruosos.

¡Es la hora del Diablo! Hierve la gusanera
de la carne; en el cielo brilla el rojo Saturno.
¡Hora de aquellos Césares, con alma de ramera,

que ardiendo en el infierno de sus ansias carnales,
se hundían en el fondo de algún burdel nocturno
en pos de marineros borrachos y bestiales.

I

¡Las simas del alcohol! Bohemia tabernaria,
la costra y el andrajo que huyen la luz del sol
sin un amor que encante la vida solitaria...
Edgar Pöe fué grande, a pesar del alcohol.

Se fatiga el espíritu y es la vida muy dura
y el vaso es un refugio de absurda poesía;
las almas paralíticas se hunden en la locura,
borrachas de aguardiente y de melancolía.

¡El Alcohol, la Lujuria, monstruos de las cavernas
del alma; en los prostíbulos y en las hoscas tabernas
cantan las letanías del Señor Satanás!

¡Pobres amantes raros, y príncipes de rimas,
que rodaron al fondo sin fondo de estas simas
de donde no se puede salir nunca jamás!

UNA ESTAMPA DEL SIGLO XVIII

Galantes pastorelas, fiestas de Carnaval;
la vida se desgrana muy dulce en el jardín
del Trianón, y en las calles ruge el dolor social,
y afila sus cuchillos Maese Guillotín.

Suenan lentas pavanas, galantes minuetos
de los jardines griegos en las floridas calles,
y mientras se deshojan los frívolos sonetos,
con hachas y con picas la turba va a Versalles.

Fué un triste despertar... Las divinas coquetas
le dieron al verdugo la albura de su cuello,
e iban adoloridas en las hoscas carretas
porque no las dejaron empolvarse el cabello.

Querían las mimosas tener un lindo porte,
con las uñas pulidas y la cara pintada,
e ir a la guillotina como a un baile de Corte:
a un baile que en su honor diera la Descarnada.

Fué la última gavota... Tuvieron las princesas,
como postrer adorno, sangriento corbatín,
y en la danza macabra de las rubias marquesas
fué el maestro de baile Maese Guillotín.

EL VIZCAINO

Fué Don Sancho de Azpeitia un gentil escudero
tan corto de palabras como largo de manos;
Cervantes le hizo digno de cruzar el acero
con la flor de los nobles hidalgos castellanos.

Vizcaíno por tierra, hidalgo por el mar,
caballero era el mozo, fiero como un león.
En un día más timbres que el rey logró alcanzar;
luchar con Don Quijote fué su mejor blasón.

Si el noble caballero de la *Triste Figura*
creyéndolo un gigante acometió a un molino,
al luchar con un loco en tan loca aventura
también divinamente loco fué el vizcaíno.

¡Oh el honor y la fe y el desdén por la vida
que se juega a un albur por un poco de gloria,
y saber poner rosas sobre la abierta herida
y una hoja de laurel en la vida irrisoria!

Ya el *Cristo a la gineta* no cruza la llanura,
el sentido común troncha todo idealismo,
y a ras del suelo, en nuestra garbancesca cordura,
ya no queda un divino soplo de quijotismo.

Y con la espada en alto, dando un fiero fendiente,
con su mal castellano y peor vizcaíno
el buen Sancho de Azpeitia vivirá eternamente,
ungido por la gracia del libro cervantino.

EL VIEJO CABALLO

Filósofo jamelgo viejo, triste y cansado,
caricatura amarga de Babieca;
ya no vas de aventuras por tierras de moriscos,
ni portas los trofeos a Ximena.
Al flaco Rocinante
más tu ruín catadura se asemeja;
pero en tus pobres lomos no cabalga el Ensueño,
ni sientes la armadura del Cristo a la jineta.

Filosóficamente
tú sufres las heladas de las noches eternas,

cuando el Invierno muerde, como un lobo famélico,
y canta un viento lúgubre entre las callejuelas.
Amarrado al grotesco carricoche,
filósofo caballo viejo y triste, ¿en qué piensas?

Junto a ti, la canalla,
melancólicamente, su fracaso pasea:
mendigos y rufianes y damas de la noche,
hembras de vida alegre, que es la vida más negra.
Tú oyes esas canciones que surgen de los quicios,
y contemplas los pálidos rostros de las rameras,
y ves niños desnudos y hambrientos, mientras
la gran ciudad dorada y farisea. [duerme
Cuando sientes la angustia, la miseria y la noche,
dime, viejo caballo espectral, ¿en qué piensas?

Latigazos y hambre,
en tu armazón grotesca

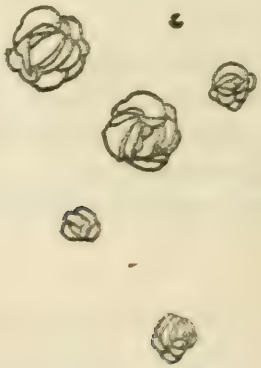
igual que sobre todos los dulces, los humildes,
un destino cruel sobre tu vida pesa.
Tú fuiste bueno y útil, pero el amo
tu amor y tu trabajo no recuerda;
pobre y viejo jamelgo,
nadie siente el dolor de tu tragicomedia.

Una tarde de oro,
en una apoteosis de crueldad y fiereza,
caerás de una cornada,
como un mártir antiguo, sobre la ardiente arena
en un triunfo de sol, de sangre y de bravura,
entre muñecos trágicos vestidos de oro y seda.
Y tus enormes dientes amarillos
tendrán, después de muerto, una irónica mueca.

Luego, viejo caballo, irás al Paraíso
si existe, como es justo, para las pobres bestias.

Si tu vida fué amarga, tu muerte fué gloriosa;
todo un pueblo de gala acudió a la palestra
para verte morir.
—Has tenido la suerte
de nacer en un bravo país de pandereta.

Dime, viejo caballo, al sentir la cornada,
cuando la gente aúlla de placer, ¿en qué piensas?



Sobre un arroyo negro de linfa pantanosa
se eleva el puente del misterio,

¡A LA SALUD DE LOS MUERTOS!

Sobre un arroyo negro de linfa pantanosa
se eleva el puente del misterio,
se recorta, lejana, la mancha verdinosa
del cipresal del cementerio.
Es el puente fatal; las tristes pasarelas
llenas de espanto y de inquietud,
por donde van pasando, cual negras barquichuelas,
un ataúd y otro ataúd...
Y en la mitad del puente plañen los pordioseros
sus cuitas mendicantes, sus ayes lastimeros.
Son costrosos mangantes de cayado y zurrón,
viejas brujas de Goya, pobres monstruos humanos

con engarfiadas manos,
·rible llaga en fermentación.

Y cuando cesa al crepúsculo
la larga fila de entierros,
contando su calderilla
va el enjambre limosnero.
Y en las siniestras tabernas
que hay al borde del sendero,
beben todos los mendigos
¡a la salud de los muertos!

Cae la tierra en la caja. ¡Oh, momentos de angustia
desgarrante! ¡El adiós para siempre jamás!
¡Carne de nuestro amor, agusanada y mustia,
entre las cuatro tablas, que no veremos más!
Junto a nuestro dolor, que deja un hijo, acaso,
bajo la tierra, inerte,
en bandada de cuervos salen a nuestro paso
los lacayuelos de la Muerte.

Es el sepulturero que enterró a nuestro amor
—con la gorra en la mano, torvo, zurdo y zaino—.
Es que el compadre enterrador
quiere honrar nuestra pena con un vaso de vino.
Y los negros y absurdos postillones
y los enlevitados de pelucas grotescas,
que trenza una hórrida danza de casacones
en mil retorcimientos de zalemas burlescas.
Llegan nuevos mendigos a decorar la escena
—visión alucinante de aguafuerte—.
A todos les ha dado mucha sed nuestra pena;
¡una sed más macabra que la Muerte!

Cuando calla el esquilón
doliente del cementerio,
en los míseros ventorros
que hay al hilo del sendero,
mendigos y enterradores
y encasacados grotescos,
alzan su vaso de vino
¡a la salud de los muertos!

LOS CIPRESES

I

Ciprés meditabundo, místico y solitario,
que aprendiste el misterio del crisol eternal
cuando, al caer la carne podrida en el osario,
viste eflorar un nuevo botón en el rosal.

¿Adónde vuela el pájaro azul y visionario
del espíritu? Acaso sepa su vuelo astral
el ruiseñor que, oculto, canta en el centenario
ciprés sus melancólicas fermatas de cristal.

Ves las barcas cargadas de pálidos viajeros
entre un son de campanas y salmos lastimeros
y el ir y el retornar de los negros barqueros.

¡Misterioso guardián de este largo camino
que oyes día por día el ritmo sibilino
con que giran las ruecas eternas del Destino!

II

Centinelas hieráticos del amargo sendero
por donde a veces pasa la Gloria y la Fortuna;
tal vez sin alcanzarlas, se acoge el viajero
a dormir vuestro sueño de paz, cara a la Luna.

¡Dormir siglos y siglos! Cada siglo es un grano
del reloj que Saturno rige en la inmensidad.
A veces en el fondo del pensamiento humano
surge una luz que hace sentir la Eternidad.

En vuestra forma está la gótica teoría;
sois la sed de ideal en la monotonía
de la vida sin luz, cotidiana y banal.

Cipreses misteriosos, cual fakires hieráticos,
estáis junto a la vida, como monjes extáticos
con la frente en las nubes y el alma musical.

EL CRUCERO

I

Los viejos peregrinos de barbas apostólicas
rezan sobre las gradas de piedra del crucero;
el sol nimba de oro sus frentes melancólicas,
y hay un son de campanas en la paz del sendero.

En este ambiente azul de místico retablo,
los romeros rezongan su plegaria sencilla,
y detrás de la cruz ven los cuernos del Diablo,
que acecha la flaqueza de su carne amarilla.

Va cayendo la tarde... Los viejos peregrinos
se alejan lentamente por los largos caminos;
parpadean las luces lejanas de la aldea.

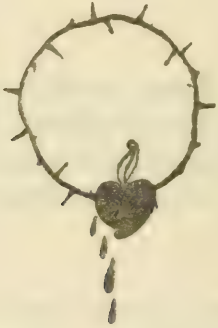
El crucero, en la sombra crepuscular, se esfuma,
y surge de un recodo, con su perfil de bruma
y con dos fuegos fatuos por ojos, la Estadea.

De noche, cuando lloran las gaitas añorantes
y hay una poesía tan sedante y tan honda,
según dicen las rancias consejas inquietantes,
a la luz de la Luna, los muertos van de ronda.

Pasan, junto al crucero, torvos encapuchados,
al ritmo de una lúgubre y extraña letanía;
con tristes campanillas y hachones enlutados
va augurando la muerte la santa compañía.

Lo dicen los estrigos y las saludadoras:
si veis el Santo Entierro en las nocturnas horas,
disponed vuestro espíritu, porque el fin es certero.

Un día, un peregrino, de esclavina y bordón,
tuvo, al cruzar el bosque, la siniestra visión,
y le hallaron difunto, tendido en el crucero.



PASTORA IMPERIO

Pastora; la danza mora;
ojos verdes de Pastora
que fulguran en la zambra
como fabulosas gemas
robadas a las diademas
de las Reinas de la Alhambra.

Pastora: musa gitana,
clavellina de Triana,

que canta *una pena, pena*...
Pena de amores y *achares*;
tu copla huele a azahares
como tu carne morena.

Pena del amor sincero,
el amor de tu torero
que trunca la mala suerte.
Tú eres de esa ardiente raza
en cuya sangre se abraza
el cariño con la muerte.

Portentosa danzarina,
es tu belleza ambarina
como una serpiente oro
—toda armonía—, y parece
que ondula y que fosforece
al compás del baile moro.

Por ti, Pastora gitana,
de ojos verdes de sultana,
¡oh, maga de la armonía!
Un pobre poeta errante
teje esta rima galante
¡para tu gitanería!

CANCIONERO DE LOS JARDINES

LA ESPADA DEL CADETE

I

La espada de ese cadete dicen que la tengo yo;
en el puño de oro fino lleva una empresa de amor.
Rendida empresa de amor
como ninguna, galana.
«Sólo me vence el rigor
de una niña toledana.»
Tiene dulzuras muy hondas
la alada canción del coro;
vierte el sol sobre las frondas
una lágrima de oro.

Y una adolescente pasa,
absorta en mundos lejanos,
toda encendida en la brasa
de sus ojos toledanos.

La espada de ese cadete dicen que la tengo yo; la tiene mi amiga Laura clavada en el corazón.

II

El corazón de esa niña dicen que le tengo yo,
cuando por sus ojos negros lloro en prisiones de amor.
¡Feliz corazón que penas
en amantes lacerías;
libre de dulces cadenas,
tus cadenas llorarías!
¡Bella leyenda dorada
que cuenta que en lid reñida
se ha visto brillar tu espada
junto a una reja florida!
Tu empresa de áureo poder
bien rima en el Romancero,
¡los ojos de una mujer
y la gloria del acero!
El corazón de esa niña dicen que le tengo yo,
cuando es ella la que tiene cautivo mi corazón.

III

Ojos profundos y negros, tan tristes como los míos,
aunque nunca nos veamos, no pienses que los olvido.
La ingenua musa infantil
tiene hondas melancolías.
¡Se va el amor juvenil
con donosas bizarrías!
¡Dolor del adiós! Estela
de un adolorido encanto,
ojos en que se constela
un corazón hecho llanto.
Y el Tajo que en su rumor
dice la empresa galana:
«Nada vencerá el amor
de mi niña toledana.»
Ojos profundos y negros, tan tristes como los míos,
no pierdas las esperanzas, que yo no las he perdido.

LAURA

I

Laura ha salido a la calle, bajo la lluvia otoñal,
que asaetea con sus flechas sonorosas, de diamante;
está enferma de saudades por un amante ideal
que vive, si acaso existe, en la estrella más distante.

Ella le ha visto una vez en el mágico cristal
de su ensueño; a flor de labio, el madrigal más fragante;
dulce abeja de quimeras, hace en su pecho un panal
con las mieles de sus sueños, para un quimérico amante.

Cesa la lluvia, la tarde se torna límpida y pura;
las nubes, como vellones, trazan una arquitectura
fantástica... Laura sueña en el banco de un jardín,

oyendo el hilo de plata de una fontana que fluye
y cree ver la visionaria, en cada nube que huye
por el lago de los cielos, al cisne de Lohengrín..

II

Igual que la hermana Ana, mira el sendero lejano;
pasan los días iguales y el amante no ha acudido.
Laura llora y toca un aria romántica en su piano.
Laura es la viuda ideal de un amor que no ha existido.

Caen los días monorrítmicos, igual que las campanadas
de vísperas, de la gótica torre de la Catedral;
Laura contempla las gárgolas y las agujas labradas,
siguiendo el vuelo del pájaro celeste de su ideal.

Vive en una vieja calle silenciosa y provinciana
—Avila, Toledo, Burgos—. Oye la misma campana
y ve pasar a los mismos clérigos que al coro van.

Cuando la Luna en la torre cuelga festones de plata,
Laura cree ver que en la sombra cruza la capa escarlata
y la pluma fanfarrona del birrete de Don Juan.

III

Laura es un poco lunática y sin dejar de ser pura,
en sueños, sabe de todas las llamaradas nupciales;
Lohengrin y Don Juan descienden de noche, desde la al-
[tura,
y cruzan por el telar de sus sueños virginales.

Porque esta virgen ha amado más que Friné y Me-
[salina,
hilandera de ilusiones, bordadora de quimeras,
y al tornar de los países de amor donde peregrina
durante el sueño, es más cárdeno el lirio de sus ojeras.

No vendrá el Príncipe, porque nunca acude a nuestras
[citas
el Ideal; y en un próximo convento de Carmelitas
hundirá la atormentada rosa de su castidad.

Y a pesar de los cilicios, sobre su cuerpo trigueño,
le hará traición al Esposo... ¡con el fantasma de un sueño!
y la enterrarán con palma y en olor de santidad.

LA VÍA DE LA AMARGURA

I

¡Jesús, el de la yerma calle de la Amargura,
para llevar mi cruz dame tu dulcedumbre;
siete veces al día siento la mordedura
del Diablo en mi sensual y triste podredumbre!

Son como siete cuervos de la Noche eternal,
que hacen a la paloma de Psiquis prisionera,
las siete horas del negro horologio del Mal,
y es mi carne una triste e hirviente gusanera.

¡Roído de pecados torno, Jesús, a Ti,
Apóstol del amor, blondo y dulce Rabí!
La pena de vivir es una negra pena;

la carne está dolida, y mi alma pecadora
ve apagarse su lámpara del Ideal y llora
abrazada a tus pies, como otra Magdalena.

II

¡Cristo de la tremenda Pasión y del Calvario,
en mi alma no hay luz, en mi alma no hay luz;
siento por ver tu esencia un ardor visionario,
y, cual Tú, estoy clavado sobre una negra cruz!

La cruz de la pobreza, sarcástico madero,
y la cruz de ignorar la razón de mí mismo:
y aguardando a la muerte con un terror sincero,
mi vida es una lágrima colgando en un abismo.

La arcilla tiene miedo, y el alma está dormida;
una interrogación espantable es la vida,
y el Diablo me atormenta con su cruel mordedura.

¡Cristo de los humildes, Cristo de los leprosos
torna a darme tu lámpara de óleos maravillosos
para alumbrar mi yerma vía de la amargura!

CANCIONERO DE AYER

Yo fuí un niño enfermizo, pálido y enlutado,
que demasiado pronto conoció la tristeza
del trágico y grotesco dolor de la pobreza.
Yo he dormido en los bancos de un parque abandonado.

Y con la flor de toda la andante picardía
aprendí que la vida es demasiado dura
cuando hay que conquistarla, en constante aventura,
venciendo a la miseria un día y otro día...

Yo fuí un niño enfermizo, pálido y mendicante,
sin otro camarada que algún can trashumante
del arroyo, en la eterna, negra desolación.

El dolor fué el maestro que me enseñó a ser bueno,
¡pobre niño poeta!, y floreció en el cieno
mi verso, como un lirio divino de emoción.

ÍNDICE

Páginas

Dietario sentimental 3
Nocturno de verano 33
Jardín público 37
Córdoba 39
La juglarera canta 43
Aguafuerte taurina 45
Un duelo de Pepe-Hillo con la espada de Godoy 51
Voces de agorería 55
La flor de la verbena 59
La musa del río 63
La posada de la sangre 67
El espadín 71
Chopín 77
El manco gallofero 79
Panderetas 81
Ligeía 87
La muerte de Salomé 89
Día de difuntos 93
Igual que las sombras 97
Glosas de la guerra 101
Viejo París 105
El campanario de las brujas 109
Castillos en España 113
El Diablo funda un hospicio 171

I N D I C E

Páginas.

Del viejo Madrid galante..... 121
La Gloria..... 127
Fausto..... 131
La plaza de las Comendadoras..... 135
Flor de la gitanería..... 139
Las cruces del camino..... 145
Miniatura romántica..... 151
La sibila..... 157
Una aventura de Don Juan..... 163
Mientras es primavera..... 171
Las simas..... 175
Una estampa del siglo XVIII..... 179
El vizcaíno..... 181
El viejo caballo..... 183
¡A la salud de los muertos!..... 189
Los cipreses..... 193
El crucero..... 197
Pastora Imperio..... 201

CANCIONERO DE LOS JARDINES

La espada del cadete..... 207
Laura..... 211
La vía de la amargura..... 217
Cancionero de ayer..... 221

PQ
6605
A76D43
1921

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 15 06 03 011 7